

ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



Circo Romano en Mérida.

No nos proponemos subir al origen, ni escribir la historia completa del teatro romano que existe en Mérida. Importa poco que sea creación de los Césares ó de los cónsules este restomonumental bastante estable para ver pasar todavía y reducirse á polvo muchas decoraciones de lienzo pintado, y muchas vanidades orgullosas. Ante las ruinas no pica mi curiosidad ninguna duda de cien años mas ó menos, ni de este ó del otro accidente geométrico. Una sola idea me preocupa siempre que las visito, y me hace exclamar ¡oh cuanto caso hacían los antiguos de la inmortalidad!

Ingrato estudio fuera entre nosotros el de la Arqueología, porque se necesitan los tesoros de los Papas, ó de los Reyes que reinan y gobiernan, para penetrar en Pompeya y Herculano, y desenterrar un imperio y una sociedad diferente de la nuestra. En Roma, y en toda la Italia hablan las ruinas, y el viagero instruido las saluda por su nombre: pregunta él y responden ellos. Y esto consiste en que la nacionalidad romana no feneció nunca. Mudó la religión y la política, pero las tradiciones, las razas, y el entusiasmo por lo grande

y bello en las artes, pasaron sin sucumbir al través de tantos siglos de desolación.

En España el gusto romano no era si no importado, y la destrucción fue también mas completa, naturalizándose el gótico. Los Arabes que vinieron luego, tuvieron aquí una dominación, aunque disputada gloriosa y universal, y vencidos y todo prevaleció su voluntad civilizadora, y fueron los maestros de sus enemigos.

La pasajera dominación austriaca, asociada al místico poder de la iglesia, cuyo doble cetro simboliza la persona de Felipe II, pretendió borrar y borró demasiado las huellas de todas las antiguas dominaciones. Alzose el Escorial, y debajo de tan suntuoso pedestal de la cruz, quedaron sepultadas para siempre muchas y célebres ruinas. Llegó su vez á la política, que cultivó tan solo la fé y la fuerza de los vivos, cubriendo con el pavimento de su nuevo alcazar, todos los alcázares, todos los templos, y todos los sepulcros de todos los héroes, encargando su historia á la imaginación de los paisanos y de las nodrizas, que no dejá-

ron de forjar cuentos, tan entrenidos como podian serlo las mas verdicas historias.

El teatro romano de que hablamos, envuelto en escombros de otras ruinas, es un esqueleto medio insepulto, mutilado por todos los bárbaros. Dentro de su recinto pasea el fecundante arado, y tan ilustre tierra no se desdén de nutrir al pobre labrador que la devuelve, tan ignorante de su noble origen, que no la conoce, sino por el nombre casero, por decirlo así, de «la plaza de los toros» aludiendo á que este residuo de teatro, sirvió pasajeramente medio siglo há para el espectáculo español.

El edificio permanezca aun entero, si bien en la parte exterior que se ve fuera de la tierra, se halla desnudo del revestido de sillería que le adornaba, revestido que aseguran se conserva en la que está bajo de tierra. Su figura es semi circular, y sus dimensiones consisten en 200 varas de redondez; cerca de ciento de anchura ó diámetro desde un extremo á otro del frente, y 50 de fondo interior. Consta de tres tendidos de gradas de dos pies y medio de ancho cada una, y pie y medio de altura. El primero y mas próximo al proscenio tiene 14 gradas donde se sentaban la nobleza y caballeros. El segundo de 7 gradas, lo ocupaba el pueblo. Y el tercero y mas alto era de 5 gradas, y servia para los esclavos. Estos dos últimos se descubren actualmente sobre la tierra, y el primero con toda su gradería está subterráneo y oculto. En frente del semicírculo ó area del pavimento debia estar la casa ó Sema para las representaciones escénicas, y acaso segun afirman algunos, formarían las graderas en lo interior círculo perfecto, por cuya razon le llamaron con toda exactitud, anfiteatro, destinado para la lucha de las fieras, y suplicio de victimas humanas, género de castigo muy comun y de bárbara diversion entre los romanos.

Ateniéndonos á lo que hoy está al descubierto, los tendidos se separaban por un muro de mas de dos varas de altura, de manera que no podian confundirse las clases, ni pasarse de una á otra sin entrar por las puertas que á cada cual de los tres tendidos estaban destinadas. La gradería y asientos de la nobleza, estan ocultas hoy por la tierra y escombros, hasta el punto que empieza el muro que la separaba del pueblo. Existe y se conserva visible este muro, revestido todo él de su sillería, con cinco entradas ó puertas, y unos hermosos cañones embovedados, que desde ellas atravesaban el interior del edificio hasta terminar en las salidas al teatro. Por estas cinco puertas entraban los caballeros y la nobleza á su tendido y graderas. Habia otras seis puertas ó entradas, tambien de boveda y cañon de sillería, cuyos arranques subsisten aun, y subian en rampa á salir á los dos tendidos altos para entrar en el del pueblo, desembocando el cañon recto, costeando luego otro por lo interior para subir al de los esclavos. Rotos los arcos de las seis entradas, han quedado siete torreones aislados, que el vulgo llama las siete sillas.

Tenia el teatro dos frentes, donde se ven hoy todavia dos magnificas puertas que se dicen ecuestres, y por

la de la derecha, aunque con dificultad, se puede entrar. A poco de realizario se encuentra á mano izquierda un arco ó portada, que se dirige en rectitud al teatro. Por esta puerta entraban, los Consules, Senadores y Magistrados á la orquesta, y por el interior del muro ó macizo de esta gran fábrica, siguen grandes bóvedas y oficinas, que se estienden por toda la circunferencia del edificio, segun relacion de personas que han penetrado en él.

No es fácil conar el orden, construccion y completa distribucion de este magnifico teatro, mientras no se remuevan los muchos escombros que lo sepultan. Por los años de 1794 al de 1795 estuvo en Mérida comisionado por el gobierno del St. D. Carlos IV, el anticuario portugués D. Manuel Villena. Hizo escavaciones hasta descubrir el pavimento por un costado, en el plano de semicírculo; y algunas personas que entonces le vieron y otros que de muchachos entraron por los huecos y cavidad que habia en las dos puertas ecuestres, que cada dia han ido obstruyendose mas, aseguran que en su interior no solo corren muchas bóvedas de sillería en varias direcciones, que dan vuelta por el grueso del muro al semicírculo, sino que se descubren tambien aposentos, salas, estatuas, y aun una fuente en un gran salon, con alguna inscripcion que hace presumible que aquella obra se hiciera siendo cónsul la tercera vez Marco Agripa, hijo de Lucio, y el año tercero de su tribunicia potestad. El anticuario que recorrió este anfiteatro parece que se esplicó con tal elogio acerca de él, que aseguró que era mas suntuoso que el de Roma. Ocasión fue aquella que debieron aprovechar los habitantes de Mérida para seguir sacando y apartando los escombros que ocultan y ciegan el interior y exterior de este edificio. Por desgracia lejos de hacerlo así, volvieron á rellenar la escavacion practicada, y dejaron otra vez plano el terreno para sembrar cereales, que es el uso que en el dia tiene. El jefe político de Badajoz en 1840, se ocupó de formar un proyecto y preparar los medios de egeecion, á fin de desenterrar aquel y otros célebres monumentos que encierra Mérida. La Diputacion provincial secundó sus esfuerzos con notable celo, despues de la ordinaria y dilatoria formacion de expedientes; cuando ya el cuerpo provincial habia acordado facilitar diez mil reales para empezar los trabajos, y cuando solo faltaban tres ó cuatro dias para que una brigada de presidarios marchara á situarse en Mérida, y se dedicara á las escavaciones, la revolucion de setiembre de aquel año, frustró tan lisonjeras esperanzas, y volvieron á yacer en el olvido, aquellos suntuosos edificios, que así atestiguan la antigua grandeza y poderio de Emérita Augusta, como la importancia y consideracion que los Romanos dieron á la conquista de España.

POESIA.

CANTICO DEL ANGEL DE LA GUERRA (1).

Temblad hombres temblad, yo al mundo espanto,
yo solo anuncio luto y desconsuelo.

¡Ay del que escucha el eco de mi canto!
¡Ay del que vea mi funesto velo!

Yo he sido de los cielos desechado
porque turbaba la eternal ventura;
¿Y vosotros me habeis acariciado?.....
¡asensatos! llorad tanta locura.

La santa paz el Dios Omnipotente
à vuestras razas concedido habia,
¿y la habeis despreciado incautamente
por mí que en el infierno os maldecia?

¡Inocentes! llorad; mi poderío
ya tiene al orbe todo en cautiverio,
desde el mas limitado señorío
hasta el mas poderoso y vasto imperio.

¡Ay de vosotros míseros mortales!
el reino de las tumbas poblaré;
ya os contemplo en mis garras infernales;
sobre vuestros sepulcros cantaré.

Yo soy el que los campos ha inundado
con la sangre de victimas sin cuento,
mil pueblos à las llamas he entregado
lanzando sus cenizas por el viento.

Y con furia implacable he conmovido
los troncos mas potentes de la tierra,
à mi vista entre el polvo se han hundido,
yo soy ¡temblad! el Angel de la Guerra.

Yo la ambicion impia fomentaba
del bárbaro y cruel conquistador,
y cuando él vuestra casta aniquilaba
yo su rabia atizaba y su furor.

Y le llevé à los climas mas lejanos
à robarles su dicha y su reposo,
y allí despedazó à vuestros hermanos
al resonar mi cántico horroroso.

¡Ay de vosotros míseros mortales!
el reino de las tumbas poblaré;
ya os contemplo en mis garras infernales,
sobre vuestros sepulcros cantaré.

Yo juego con la vida de los reyes
y el destino de todas las naciones,
me rio de derechos y de leyes
y planto donde quiero mis pendones.

Yo interrumpo el silencio de los muertos,
yo arrebató à los sabios el retiro,
privo de soledad a los desiertos
y dueño soy de todo cuanto miro.

Y llevo el estermínio por do quiera,
y arrojó por el suelo las ciudades,
y trastorno tambien la tierra entera
con todas sus soberbias potestades.

¿Quien se resiste à mí? ¿Que soberano
detendrá de mi brazo el fuerte brío

cuando ya el infeliz linage humano
es prenda, sí, del patrimonio mio?

¡Ay de vosotros míseros mortales!
el reino de las tumbas poblaré;
ya os contemplo en mis garros infernales,
sobre vuestros sepulcros cantaré.

Y tu, divina belleza,
la del blaquísimo velo,
la de los ojos de cielo,
la del candor virginal;
Tiembla tambien, que mi saña
no respeta tu hermosura
y he de llenar de amargura
esa vida angelical.

Tus ilusiones mas gratas
he de trocar en dolores,
dando fin à tus amores
con sanguinario furor.
Pues cuando mi voz resuene
de ese seno delirante
se apartará el tierno amante
agitado de temor.

Y le arrastraré al combate,
y en odio infernal ardiendo
allí entre el bélico estruendo
su corazón sacaré:
Y desplegando mis alas
con un aspecto sombrío
sobre su cadáver frío
mi canción entonaré.

Y tu la buena consorte,
la de conyugal ventura,
ya verás con mi dulzura
como aplacó tu aflicción,
cuando el hierro fratricida
abra el pecho de tu esposa;
entonces ¡ay! yo gozoso
entonaré mi canción.

Y contemplaré à tus hijos
desnudos y descarnados,
gimiendo los desdichados
en espantosa horfandad.
Y su llanto y desconsuelo
me llenará de alegría,
porque siempre el alma mia
ha adorado la crueldad.

Porque en los mismos abismos
vuestra raza abominaba
y devorarla juraba
con mi diente abrasador.
¡Ay de vosotros mortales!
¡sucumbireis al dominio
del angel del estermínio
el del canto aterrador!

Y el eco pavoroso de su acento
En la esfera celeste retumbó;
Cruge el rayo terrible por el viento,
Y estremeciendo un trueno el firmamento
Satanás al infierno descendió.

JOSE DONCEL Y ORDAZ.

(1) Imitacion del Cántico del Ángel Negro de D. Ventura Ruiz Aguilera.

GALERIA DE PINTURAS.

ESCUELA ESPAÑOLA.



La Escala de Jacob.—Cuadro de Ribera.

Nació José de Ribera en Játiva, hoy San Felipe, á 12 de Enero de 1588, y fue hijo de Luis Ribera y Margarita Gil. Estudió primero en Valencia con Francisco Ribalta, y despues en Roma, copiando ya el antiguo, ya á Rafael y los Caraccis, y haciéndose por último discípulo del Corraggio, y copió asimismo en Parma las obras del Correggio, y vuelto á Roma adoptó una manera propia, si bien en ella se reconocen los principios de su segundo maestro. Pasando luego á Nápoles, su mérito en la pintura le proporcionó la mano de la hija de un comerciante, y con ella las riquezas de este, que aumentó con el producto de su arte. No tardó en cobrar fama: el Virey le nombró su pintor, y el Rey de España le encomendó varios cuadros: en 1630 le admitió en su seno la Academia de San Lucas de Roma, y en 44 le dió el Papa el hábito de Cristo: conoció también á Velazquez, á quien abrazó segunda vez en 49; y en fin colmado de honores y riquezas, falleció en 1656. Dejó muchas obras, y entre ellas algunas estampas grabadas al agua-fuerte, que los curiosos miran con aprecio. Tuvo muchos discípulos, el mas célebre Lucas Jordan.

Demostrado hasta la evidencia por el Sr. Cean, tanto en su Diccionario, de donde hemos extractado estas noticias, cuales fueron la patria y padres, y especificadas con puntualidad por el mismo las fechas y circunstancias de sus viajes, sucesos y muerte de Ribera, no solo vienen al suelo las arbitrarias suposicio-

nes de Dominici y Mateis, que apenas digeron de este artista cosa que en la sustancia ó en el modo no fuese equivocada, sino que igualmente aparece la ligereza con que en el número 162 del Museo Napoleon se prohiban los desatinos de ambos italianos, y lo que es mas, se acusa á los autores que de ellos se apartan. Y si en favor de estos viene hasta la firma y fecha del cuadro que allí se describe, se responde que la supuso algun aturdido: bonito modo de desatar dificultades. Y si los Sres. Laudon y Delandine en el mismo París, en su Diccionario histórico, estampan la verdad en un artículo tan exacto como juicioso, se dice que los autores de diccionarios no hacen mas que copiar sin examinar ni critica. Pero el aturdido y el que copia sin examinar ni critica no es ni uno ni otro de estos Señores, ni menos el Sr. Cean, diligentísimo investigador y severo crítico, sino (tiévalo á bien la urbanidad francesa), quien para averiguar los hechos prefiere fuentes impuras á documentos irrefragables, y quien en algunos puntos no se quiere tomar el trabajo de reflexionar sobre ellos para conocer el absurdo. Permitase esta ligera digresion al amor de la verdad, y al celo de la gloria nacional que nos anima; tratemos ya de dar á conocer el presente cuadro, propio del real Museo, pintado en un lienzo de 6 pies y 4 pulgadas de alto, y 3 pies y 3 pulgadas de ancho, y egecutado por cierto con el pincel franco, enérgico, concluido, que caracteriza los mejores que salieron de mano de Ribera.

El asunto está tomado del capítulo XXVIII del Génesis. Temerosa Rebeca de que su querido hijo Jacob experimentase las iras de Esau, porque le había usurpado la bendición de Isaac, le aconsejó que se refugiase durante algún tiempo á Mosopotamia, en casa de Laban, hermano de la misma; y por otro lado su marido le exhortó á pasar á la misma parte, con el fin de casarse con alguna de sus primas. «Y habiendo salido Jacob de Bersabec, prosigue la escritura, tomaba el camino de Haran. Y como hubiese llegado á cierto lugar, y quisiese descansar en el despues de puesto el Sol, tomó una piedra de las que allí había, y poniéndola debajo de su cabeza, durmió en el mismo lugar. Y vió en sueños una escala colocada sobre la tierra, y que por el otro extremo tocaba al cielo, y angeles de Dios subiendo y bajando por ella, y al Señor, que estribando en la escala, le decía: yo soy el Señor, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac. La tierra en que duermes te la daré á tí, y á tu descendencia. Y será tu descendencia como el polvo de la tierra: te dilatarás á Occidente, y Oriente, y Septentrion y Mediodia, y serán benditas en tí y en tu simiente todas las tribus de la tierra. Y será guardador tuyo á do quiera que fueses, y te restituiré á esta tierra, ni dejaré de cumplir cuanto te he dicho.» La escritura continúa diciendo, que despertando Jacob lleno de respeto, consagró aquel lugar y piedra, le puso por nombre Beth-el, y prometió solemnemente reconocer siempre al Señor por su Dios, y pagarle el diezmo de cuanto la divina bondad le concediese.

Vemos, pues, aquí representado este sueño misterioso. El Patriarca, lejos ya de la morada paterna, en un desierto y en la oscuridad de la noche, medio envuelto en su manto, que cubre tambien la piedra, está tendido junto á un antiguo y corpulento árbol, y apoyada la izquierda, descansando la derecha en el suelo, duerme con la tranquilidad de que goza el corazón de los justos. En medio del reposo que el apacible sueño dá á sus fatigados miembros, eleva la mente al Criador. De repente entra celages ahuyenta las tinieblas una ráfaga de luz: aparece en ella la escala que ya en figura juntaba el cielo con la tierra, y preparaba al hombre la subida á la mansion de la eterna dicha, por la cual los mensajeros del Altísimo bajan á cumplir sus mandatos, y vuelven á presentarle las súplicas de los mortales; en la cual el mismo Dios hace á su siervo promesas magnificas, y le anuncia misterios sublimes, que le llenan de religioso pavor.

Todo es sencillo en esta composicion: el dibujo es correcto; la actitud tan natural, que casi se le siente respirar; el colorido muy verdadero, principalmente en las carnes, que tienen ademas fuerza y brillo; el claro-oscuro, punto á que con especialidad atendia siempre el autor, es de mucho efecto, por la contraposicion de los colores opacos del ropaje con la luz, donde está la escala confundida con delicado artificio.

COSTUMBRES.

UN VALENCIANO Y UN GALLEGO.

«Ra... ra... Generalá... ra... raada» Así decía un obeso valenciano á las mulas conductoras de su carrozno, para que haciéndose á la izquierda, no interrumpiesen la precipitada marcha de una diligencia que caminaba hácia la Corte, procedente de la capital de Castilla la Vieja. Los buenos animalitos, comprendiendo este lenguaje, secundaron sus ideas con la mayor puntualidad, y el veloz carruaje desapareció sin tropiezo entre una densa polvareda.

Poco mas serian de las dos en una tarde de Agosto de 1836. El sol derramaba casi perpendicularmente sus rayos abrasadores sobre la tierra, y el polvo de los carruages hacia insoportable un camino, en que no se divisa árbol alguno, á cuya benéfica sombra pueda el infeliz viajero recuperar sus fuerzas, ni refrescar su calcinado semblante. Habia pasado nuestro héroe la fonda de San Rafael y se hallaba bastante próximo al puerto de Guadarrama, cuya cumbre se presentaba á su imaginacion rozándose con el firmamento, al considerar la estensa y no muy apacible pendiente que sus mulas habian de subir, para tocar al Leon de bronce que separa las dos Castillas. Su carro venia enteramente vacío; pues habiendo conducido á Villacañón algunas producciones agrícolas de su pais, no le fuera posible adquirir cargamento para su regreso; acontecimiento fuésto para él al par que feliz y grandioso para su triun mulato. (Allá va esa voz para cuando se tira una nueva edición del Diccionario de nuestra lengua.)

Tendido á la bartola y casi entregado á Morfeo, dejaba nuestro valenciano que los animales caminasen á su placer, y que las moscas y otros viehos importunos acerbillasen impunemente su anchísima frente. Dejóle cansar sin embargo tal inacción, ó bien el paso cada vez menos apresurado de sus conductoras; porque tomando su látigo y arrojándose al suelo con celeridad, empezó á blandirlo con enfado, acompañando su estallido con algunas espresivas interjecciones, que comunicaron á su carruaje una velocidad increíble.

A corta distancia y en la misma direccion caminaba un jóven como de 24 años poco mas ó menos. Su tez, naturalmente morena, lo parecia mucho mas á beneficio del polvo que profusamente se aglomerara sobre su rostro. Era corto de estatura y mucho mas de cuello; ancho y fornido de espaldas; su rostro casi circular, su nariz arremangada y cortísima, sus ojos chicos y redondos, sus párpados carnosos y colgantes, sus anchas, ásperas y pobladas cejas, y algunos pelotones de barbas enteramente rojas diseminados á guisa de soldados en guerrilla, aunque con menos regularidad, daban á su catadura bastante semejanza con la del Orang-utang. El traje formaba completa armonia con su persona: un estrecho y corto pantalon de estopa que ni aun de pa-

so había tenido jamás el menor contacto con el agua, cubría la mitad de su cuerpo, sujeto á la cintura con una correa de cuero, que sin duda había tenido en otro tiempo los honores de tirante. El resto se componía de una camisa de la misma tela, tan blanca como mandil de cerrajero, y un mal sombrero de paja, sujeto con dos trozos de flechaste á guisa de carrilleras.

Enteramente descalzo, parecía desafiar con sus plantas el suelo abrasador que tocaba; y aunque en un pañuelo, que en forma de mochila traía colocado en la espalda, llevaba un par de zapatos con sus correspondientes suelas de cerca de una pulgada, se había librado muy bien de calzarlos hasta la puerta de Segovia, por no verter abundantes lágrimas de amargura viendo flotar sus queridas canoas entre aquellas oleadas de polvo esterminador.

Ya se habrán figurado nuestros lectores por la descripción anterior, que el nuevo ente que acabamos de presentar en escena pertenece á la familia de los gallegos; yo podré asegurarles además, aunque no me fue posible averiguar á punto fijo el pueblo de su naturaleza, que habitara en el partido de la marina, comprendido entre Cedeira y el Ferrol.

El traje del primero era por el contrario ligero como su carácter, pintoresco y variado como su país natal. Consistía su calzado en unas alpargatas de cáñamo, sujetas á la pierna con cintas azules, elegantemente trenzadas sobre calzas de finísimo algodón; unos zargüelles de lienzo blanco, que apenas cubrían su rodilla, sujetos á la cintura con una faja de seda carmesí; un corto chaleco también de seda con grandes flores de vivos y diferentes matices; una camisa que pudiera competir en blancura con la misma nieve; un pañuelo de seda sujeto al cuello con un lazo, y cuyas puntas cubrían la abertura de su camisa hasta perderse en la faja, y otro pañuelo también de seda que en forma de turbante rodeaba graciosamente su cabeza.

El observador menos profundo pudiera conocer en estos atavíos, aunque un tanto españolizado, el traje de los creyentes que por tanto tiempo vejataron en el reino de Valencia, antes de ser conquistado por nuestro Cid campeador.

El espacio que separaba á nuestros hombres fue disminuyendo progresivamente, á beneficio de la precipitada marcha del uno, y de la calma con que las mulas del otro caminaban, hasta que por fin llegó á reducirse á cero en menos de diez minutos.

—Téngase hermano, dijo el valenciano al observar que el gallego pasaba de largo sin decirle una palabra. La tarde no está para tanto correr, y el camino no debe andarse al galope: harto tiempo queda para que el hombre se estrague cuando no tenga remedio, sin que voluntariamente lo busque, por llegar dos horas antes ó después á la posada.

—Es que lebu muita prisa, repuso el gallego sin dejar la delantera.

—Pues yo le aconsejo, como dicho en la materia, que deje la prisa á un lado, y que mire mas por el individuo.

—Es que quixera chegar prontu á Madri.

—¡Qué disparate! Lo que es por hoy, no será cosa tan fácil, como no se transforme en golondrina. ¿Es acaso, y perdone mi curiosidad, la primera vez que transita por estos caminos?

—Si señor; á primeira.

—Bien me lo parece. En este caso creamos, acorte el paso y caminaremos juntos; que la conversacion en los caminos distrae mucho, y se ouda sin saber cómo. En cansando, nos tumbaremos en el carro como dos padres maestros, y mojaremos de cuando en cuando la palabra con un trago de Valdepeñas.

—Si; peru en...

—Tenga la bondad de venirse mas acá para que podamos entendernos; pues con el maldito ruido y ese lenguaje del diablo, me quedo medio en ayunas... Eso es... Ahora repita lo que acaba de decir, porque le juró que no entendí una palabra.

—En decia que...

—No tener vergüenza. Vamos ¿que es lo que decia?

—Que non teño diñeiro para lle pagar.

—¡Qué tontería! Aquí no se habla de pagas; y en verdad que segun veo, conoce V. muy poco á los valencianos. Lo que acabo de ofrecerle es gratis, y sin que salga de su peculio un solo maravedí. ¡So, so!... esclamó de pronto, deteniendo sus mulas. Y para prueba de ello, subamos y empezaremos las amistades despachando una preciosa tortilla de criadillas, y algunos tragos de aquella bota: tiene un vino capaz de arder en un candil. Y sin gastar mas preámbulos apoyó la mano derecha sobre las aucas de una mula, y se trasladó al carruaje con increíble ligereza, á pesar de su obesidad; mientras el gallego, poco acostumbrado á semejantes ascensiones, luchaba en vano, sirviéndose del estribo; y seguramente no lo hubiera realizado, si el valenciano, al notar su embarazo, no le hubiera dado la mano.

Después que uno y otro se sentaron del mejor modo posible, tendió el carro-matero su manta, colocando en ella su fiamblera, su bota, y un enorme trozo de pan de Castilla, que despacharon como por encanto en un abrir y cerrar de ojos.

¡Era cosa de ver como la mano del gallego caminaba rápidamente sin tregua ni descanso alguno desde la manta á la boca y vice-versa!

Estraños visajes aparecian en su semblante con la premura con que tragaba un bocado, para dejar el puesto libre á otro que súbitamente le remplazaba; y aun sucedió algunas veces que cuando el uno llegaba, no había el anterior emprendido su descenso hacia la profundidad de su estómago. Pero que tiene esto de particular, cuando el buen hermano no había saboreado en todo el día mas que algunos trozos, casi petrificados, del negro pan de centeno que su familia le diera al partir, acompañados de una rajita de queso del Cebreiro que llevaba envuelto en seis trapos? Cuentan algunos, y vaya de digresiones, que con solo cinco y cuatro maravedises, con tres reales y un ochavo, hizo su viage á la Corte; y añaden que al llegar á Puerta cerrada le quedaban aun dos cuartos, que ha com-

prado de truchuela, por no haber podido resistir el atractivo de su hermoso color dorado. Pero dejemos esto, que no viene á nuestro propósito, y tornemos al asunto primordial.

Inútil parece indicar á nuestros carísimos lectores que mientras duró la comida permanecieron silenciosos ambos gastrónomos. Verdad es que el carro-matero quiso entablar varias veces una conversacion; pero no le fue posible obtener de su compañero mas que algunos monosilabos mal articulados, y que se confundian con el ruido de su masticacion. En cambio, hablaron despues largamente de su pais respectivo, hasta que el valenciano deseoso de hacer algun ejercicio, ó pareciéndole que sus mulas caminaban con demasiada lentitud, tuvo por conveniente apearse, despues de haber señalado á nuestro gallego el puesto que le pareció mas apropiado para que su carruaje no perdiese el equilibrio, y encargándole (nunca lo hicieron) que no se trasladase á otro punto, precaucion indispensable en todo carruaje vacío, principalmente al empezar una subida.

Así que nuestro joven caminante se miró solo, bien descansado y mejor comido, echó su mente á volar por los espacios imaginarios, calculando los ducados que pudiera ganar en la Corte anualmente, contando para ello con la proteccion de un primo suyo, aguador de una hija del zapatero de la modista de la mujer del peluquero de cierto personaje tambien gallego, que conocen algunos de nuestros lectores, pero cuyo nombre omitimos por ser ajeno de nuestra relacion.

Calculaba tambien el tiempo que se necesitaba para tornar á su provincia con el capital suficiente á comprar un par de vaquillas y cuatro dias de aradura, con los demas adyacencias adherentes á semejante adquisicion.

Estaba saboreando de antemano su futura felicidad, cuando las voces que daba su compañero animando las mulas para que subiesen una pequeña empuñadura, le sacaron de su éxtasis y ahuyentaron de su fantasia las bellas ilusiones que por largo tiempo le tuvieron endiosado. Permaneció por algunos instantes taciturno, pensando tan solo en su presente situacion, en el tiempo que le faltaba para concluir su viaje, y en los recursos pecuniarios con que contaba para realizarlo.

A consecuencia de esta idea metió la mano en el seno y sacó una bolsa de cuero que llevaba pendiente á guisa de escapulario; la abrió con sumo cuidado, y depositó sobre la manta cuanto en ella se encerraba. Diez y siete monedas, que contó y recontó varias veces, y que componian un total de nueve cuartos y medio, cayeron paulatinamente una tras otra. Las miró con avidez, por ambos lados; las contó por última vez, y con visible descontento volvió á guardarlas, poco satisfecho sin duda de las existencias de su tesoro; y tornó á quedarse taciturno y mustio.

Su estado de desconuelo fue breve. Una idea luminosa se presentó á su fantasia, y su semblante, de triste y adusto, se tornó rápidamente en risueño é infantil.

—El cielo me ha deparado la fortuna antes de concluir mi viaje, dijo para su capote, frotándose alegre-

mente las manos. Este hombre me convida, me pone en su carro, el jamás me vió hasta hoy; luego aquí hay gato encerrado. Cuando se apeó me colocó en este sitio, no me permitió bajarme con él, y me encargó que por ningun pretexto me moviese de este punto; luego no hay remedio, yo le estoy haciendo un servicio. Si piensa que como no estoy acostumbrado á viajar me engañara facilmente, está muy equivocado; ningun hombre, hace con otro lo que el acaba de hacer conmigo, sin que le venga en su provecho. Es preciso que me pague por ir aquí sentado; y si no lo hace de buena voluntad, le pondré por justicia en la primera poblacion que encontremos. No soy yo tan tonto como el se imagina; y está ciertamente muy engañado, si juzga que se lo he de perdonar por un poco de tortilla medio chamuscada y un trago de vino aguado, que todo ello valdrá en resumen tres ó cuatro cuartos.

Hechas estas reflexiones, dió voces al valenciano para que detuviera su marcha, pareciéndole imposible apearse mientras el carruaje no se hallara en una perfecta quietud. El carro se paró inmediatamente, y nuestro hombre se plantó en el suelo con calma, miedo y trabajo; porque fuera quizá la primera vez de su vida en que tal le aconteciera.

Largo rato caminaron ambos viajeros sin hablar palabra, y ocupado cada cual en cosas harto distintas. Discutía el gallego cual fuera el medio mas apropiado para entrar de lleno en la cuestion de su paga; y dudaba si le seria mas oportuno insinuar en el camino, ó esperar la noche para poder acudir sin perder tiempo á la autoridad en peticion de justicia, siempre y cuando su demanda no fuese cordialmente admitida. Pensaba el otro, compadecido de la precaria situacion de su compañero, si le seria fácil, en llegando á Madrid, colocarle de mozo en el meson de Pellico, que se halla al principio de la calle de Toledo; y recomendándole á sus paisanos y otros amigos que paran en aquel acreditado establecimiento, proporcionándole de pronto un modo de vivir. Para llevar á cabo su proyecto, habia determinado ya llevarle en su compania y mantenerlo á sus espensas, esperando distraer algunas horas de la noche y del siguiente dia en informarse de las costumbres gallegas y reirse con su endiablado dialecto. Despues de comparar las probabilidades que á su parecer tenia el asunto, y hallando de mas peso las primeras, invitó á su compañero á que subiera segunda vez al carruaje, para poder hablarle del negocio con mayor comodidad.

—En nun quero subir, contestó bruscamente el gallego, siguiendo su marcha y sin dignarse dirigir una mirada al hombre que tanto se interesaba en su suerte futura.

—Es que tenia que hablarle de un asunto que le interesa, repuso el valenciano sin advertir su catadura.

—¿Será sobre á paga?

—Nada de eso. Ya dije que no se trata de pagar, y que todo lo que hago es gratuito. Ademas que no merece la pena...

—¿Como que nun?

—No hablemos mas del asunto.

—Puis en quiero parlar; y lle digu que nun peñ se fer burla de min.

—¡Qué demonios dice!

—Que si nun mé quer pagar lo pondréy ante du alcalde.

—¿Pero que paga es esa?... ¡Si el hombre me abra vaclado la botal dijo para sí sorprendido de tal lenguaje.

—¿Qué paga? A que me debe por vir sentadu nu carru.

—¡Vive Dios que está penequel

—Estarey.

—Sin duda; porque de otro modo no creose imaginara, que despues de llevarle descansado y comido, le de pagarle, como si yo fuera el que ganara en el trato.

—Si que gana; porque si aun, nun fixera ó que lexo.

—Vámonos, le digo que está fuera de su juicio.

—Puis en lle digu que si nun me paga de cuñtadu xa verá ó qué lle sucede.

Tal amenaza escitó la ira del obeso carro-matero de un modo, que sin poder contenerse, á pesar de su cachaza natural, prorrumpió en mil imprecaciones, cogió su látigo por la punta para sacudirle con él fuertemente, (hay quien dice que lo puso en práctica deseo de castigar tamaña ingratitud, mas yo no puedo asegurarlo) cuando llegó á separarlos un arriero del Valle-de-oro, que con sus machos cargados de lienzo se dirigía tambien á la capital del reino.

Animado el gallego con la presencia de un paisano, insistía valerosamente demandando su paga; pero algunas esplicaciones del Valenciano bastaron para convencer al nuevo personaje, sin duda hombre de buen criterio, de la poca razon que al primero le asistía para tal demanda.

—¡Léveme ú demu! exclamó el arriero, mezclando algunas palabras gallegas con otras castellanas que se le pagaran en sus repetidos viages. ¡Nunca tal pensara escuchar! Razon tienen en decir que los gallegos somos cerrados, lo mismo que pies de mulu... V. perdonele, meu amigo, porque nun sabe lo que se hace. Y tu, prosiguió encarándose con el jóven que se mostraba ya un tanto cuanto avergonzado, pidelle perdón, á nunca che volva á suceder semejante cousa.

—Eu pensey...

—¡Que pensar ni que ocho cuartos!...

—Vamos, déjete, V. buen amigo, que ya conozco le pesa de haberto hecho: y para que vea que yo no soy rencoroso, caminemos los tres en buen amor y compañía, y en llegando á Madrid, me ofrezco á buscarle una colocacion, que si bien no saldrá como yo la deseo será la mejor que se presente.

Efectivamente el valenciano ha cumplido su promesa. A los ocho dias de haber llegado á la Corte, estaba nuestro jóven gallego en posesion ya de su empleo, ayudando á cargar y descargar las galeras y carros-matos que paraban en el dicho meson de Pellico, cosa que sus costillas no sentian en gran manera, por estar construidas á prueba de fardo; y que le dejaba alguna

cosa, con mas las propinas que recibia de los pasajeros por la traslacion de sus equipages. Asegurase tambien, y yo no tengo dificultad en creerlo, que los dias en que mensualmente debia llegar á Madrid el carro de su protector, salia lleno de gozo á esperarlo hasta muy cerca de Valdemoro, en donde despachaban amigablemente una tortilla de crindillas y una bota repleta de excelente Vaidepeñas, en memoria de su primera entrevista. VALDOMERO MENÉNDEZ.

ANUNCIOS.

Hemos visto el prospecto y programa de una ACADEMIA DE COMERCIO que se va á establecer en esta Capital, bajo la direccion de D. Primitivo Fuentes de Villaseñor, y que debe llamar la atención de cuantos deseen dedicarse á tan honrosa carrera. Los límites de nuestro periódico no nos permiten estendernos en el exámen de tan útil establecimiento, baste decir que los estudios que comprende el programa sus vastos y bien combinados, y confiados á profesores distinguidos, entre los cuales figura como encargado del idioma italiano, D. SALVADOR COSTANZO, colaborador de nuestro periódico, y de la *Revista de Madrid*, y autor del *Ensayo literario sobre la Italia*. Mucha deseamos que esta clase de establecimientos encuentren en el público la acogida que merecen, para que de este modo se generalicen los buenos conocimientos, y se difunda mas y mas la ilustracion, base principal de la prosperidad y bien estar de las naciones.

BIBLIOGRAFIA.

PERSONAJES CELEBRES DEL SIGLO XVII, POR UNO QUE NO LO ES.

Cada dia y á medida que se van publicando entregas, adquiere mayor interés esta obra, verdaderamente interesante para cuantos deseen tener un conocimiento de los principales sucesos del siglo, y de las personas que en ellos han tenido una grande influencia. La entrega 9.^a del tomo V. que se publica hoy, contiene la biografía y retrato de D. BALDOMERO ESPARTECO, con noticias curiosas acerca de su nacimiento y el principio de su carrera.

Se suscribe en Madrid en las librerías de Cuesta y Jordan, y en las provincias en todos los puntos en que se verifica al SEMANARIO. En dichas librerías se venden encuadernados los 4 tomos publicados ya, y las entregas del V. que se está publicando.

REVISTA DE MADRID.

La coleccion completa que consta de ocho tomos, se vende en casa de Jordan y de Cuesta en Madrid, al precio de 192 rs. y al de 240 rs. en las provincias franco el porte. Los pedidos en las provincias pueden hacerse en los puntos en que se suscribe al Semario.

MADRID.—IMPRESA DE D. F. SUAREZ, PIAZ. DE S. ESTEBAN.